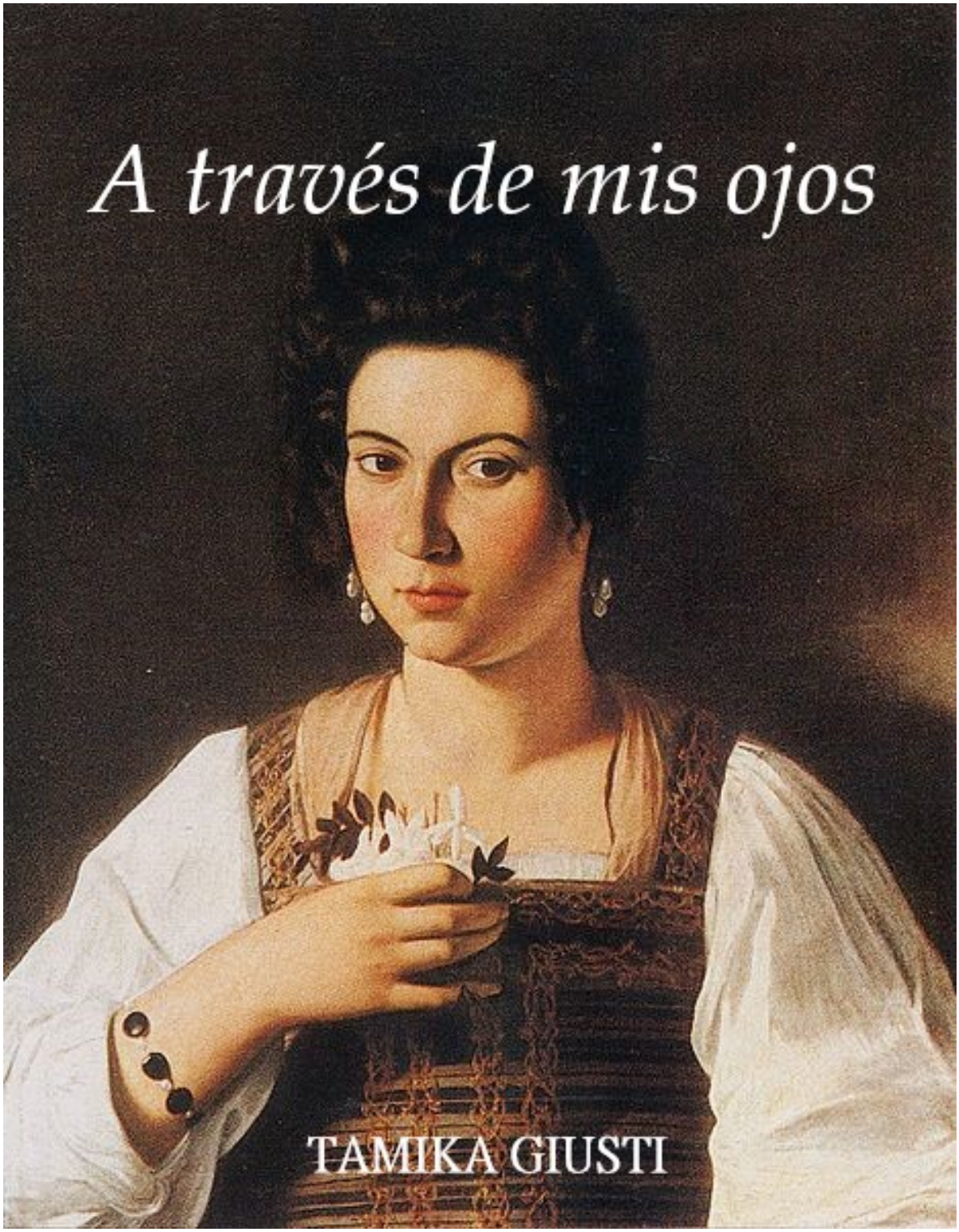
A través de mis ojos

Tamika Giusti



Capítulo 1

A TRAVÉS DE MIS OJOS

De mi efímero contacto con el arte y en concreto con la pintura, puedo destacar una obra en concreto. Cada detalle cabe destacarlo, porque cada detalle de cualquier obra tiene su importancia y además variará según quien sea el observador, eso lo aprecié después.

Esta pintura no estaba expuesta ni en un museo, ni en una exposición, se encontraba en un lugar inusual y estaba solo para mí, aunque estuviese rodeada por más ojos.

Desde lejos, parecía un lienzo totalmente en blanco, pero cosas del arte, mientras me acercaba iba apreciando colores y deformes imágenes como si de un collage se fuese a tratar.

Continué por acomodarme y contemplar aquella obra. El lugar no me era totalmente desconocido, pero tampoco me era absolutamente familiar, sin embargo, me sentía tan cómoda como si en casa estuviese. El ambiente me sugería una leve agitación en mi interior, propia de acceder a algo nuevo para mí, no esperaba nada y por ello mi incertidumbre y curiosidad por ver lo que apreciarían mis ojos. Aún puedo cerrarlos y trasladarme a aquel momento y por ilusorio que parezca, puedo volver a sentir como la propia obra no se sentía totalmente tranquila ante mis ojos. Parecía que quisiera averiguar también de que pinceladas se trazaba mi persona.

Pero aquel era mi momento, y empecé a curiosearla superficialmente sin detenerme, eran demasiados elementos para analizarlos tan rápidamente y sacar una buena conclusión. Después de aquella leve ojeada me detuve y comencé a adentrarme en ella. Lo primero que llamó mi atención sin duda, fue el detallismo de una de las figuras, se veía expuesta sin ningún tipo de ambigüedad y se percibía el interés del autor en plasmar toda la claridad y la luz del cuadro en esa parte. A pesar de ello, no era la figura que más destacaba, ni la única que había. Seguí analizando y me trasladé a otra figura de estilo barroco, casi tenebrista si doy más detalle, pero lo curioso era que el foco de luz se dirigiese precisamente a la figura menos estilosa de la obra, dejando en la más absoluta penumbra otras de gran belleza. Ante la visión cualquier pieza de arte siempre nos sale nuestro lado más empático y tratamos de descifrar cada detalle para intentar entrar en la mente del artista. En esta ocasión no iba a ser menos por mi parte. ¿Por qué decidió darle esa luz a lo que más ausencia de mérito poseía?

Quizás obtendría la respuesta observando algo más. Mientras más miraba más quería y, a su vez, menos sentido encontraba entre las figuras que, con tanto descaro, aparecían diferenciadas en aquel enigmático óleo. La

sensación que percibí se puede definir como una contraposición entre lo que veía y lo que me transmitía.

Había plasmadas algunas formas más, de similares tonos, oscuras, pero sin trasfondo, mas mi intuición me decía algo que no era capaz de oír con claridad. A nadie le gusta la sencillez, nos atrae lo enigmático y sería difícil quitarle ojo a aquella obra de arte. En cierta milésima de segundo, mis ojos se detuvieron en un punto, algo que quedaba envuelto detrás de las citadas figuras, pestañeé y agudicé mi visión, sentí la necesitad de ver con claridad de qué se trataba. Por más que lo intentaba, se interponían las figuras anteriores, esas que a pesar de estar bien definidas no resultaban bellas y que tal vez por ello no conseguían sacar nada sensacional en mí, ni siquiera entre ellas tenían armonía. Tenía la mente tan agotada que decidí estirar las piernas e ir a por un café.

En aquel lugar había más láminas, algunas esculturas y hasta sonaba un permanente e hipnótico hilo musical que casi parecía regalar el oído. Paseé entre ellas e incluso en alguna me detuve a observar, pero no, mi mente estaba absolutamente invadida por aquella otra obra que había conseguido atraer toda mi atención.

Pero antes de volver, continué un rato más por allí. Vi a dos personas algo exaltadas ante una pintura en la que se representaba a dos bellos jóvenes en un precioso valle de flores blancas, los dos tenían una bonita sonrisa y un esculpido cuerpo que se dejaba entrever por la veraniega ropa que llevaban. En la escena, él tenía adelantado su brazo derecho con un gran ramo de exquisitas flores azules y su mano izquierda metida en el bolsillo de su bermuda, ella simplemente parece sorprendida por la situación, sus brazos solo agarran un cesto de mimbre que podría contener el almuerzo. Yo solo percibí una romántica escena entre dos jóvenes, quizás enamoradizos con sus aventuras propias de la juventud. Pero mi oído se escapó a la conversación entre aquellas dos personas que también observaban la trama, una de ellas expresaba la misma visión que yo, una bonita escena; la otra discrepaba, veía el interés del chico en que ella le comprase aquel ramo de flores, ya que daba por hecho que él era florista y deambulaba vendiendo sus ramos. Cada uno en sus trece seguían con su debate...

Yo me alejé con mi propia reflexión en la mente: siempre puede haber dos visiones, pero nunca dos realidades. Continué dirección a lo que me tenía en vilo y esta vez, ya no conseguí ver aquel lienzo blanco que me pareció ver en un primer instante. Me senté expectante a ver con que me sorprendía, pero mis ojos y mi mente eran insistentes, querían descubrir aquella figura secundaria que aún no había podido contemplar en su plenitud. Tenía brillo, pero también recelo y aversión. Empecé a contemplar la posibilidad de que realmente no fuese por azar el hecho de que estuviese en segundo plano, sino que intentaba ocultarse. Yo miraba y miraba y siempre volvía a ver delante las oscuras figuras, una y otra

vez, y fugazmente, también conseguía ver el brillo una y otra vez. Me desesperé, me levanté y me puse a un palmo de distancia frente la obra, tan cerca que mis ojos solo podían apreciar el brillo, y estando a ese palmo descubrí algo extraordinario, ese brillo a tan poca distancia era todo un acuciante paisaje donde cualquiera desearía quedarse el resto de la vida, tenía unas montañas de hierba verde, adornadas por tulipanes de colores que sugerían revolcarse entre ellos como niños pequeños. Entre las imponentes montañas discurría el cauce de un río de agua tan transparente que sería capaz de reflejar tu rostro. Esa agua te invitaba a una pausa en la cual dejarías hasta la más mínima preocupación de tu vida. De una a ribera a otra colgaba un puente de madera, que sin poseer pretil, te daría toda la confianza y seguridad a su paso. A un lado un alto algarrobo, que nos daría la suficiente sombra en días asfixiantes, de él colgaba un columpio, ¿qué sería de la vida sin nuestro lado infantil?Había un sendero que te llevaba a la montaña más alta y te mostraba la inmensidad del mundo, pero de vuelta, el propio sendero te abrazaría haciéndote sentir en casa. Y todo ese paisaje brillaba, brillaba bañado por un sol como el de un día de verano, ese sol que si cierras los ojos y pones atención a tu cuerpo, apreciarías la emoción de como consigue calentar cada centímetro de tu álgido cuerpo.

Aquel paisaje no necesitaba absolutamente nada más, era extraordinario, era aquel paisaje, que sabías que podía existir, pero desconfiabas que podrías contemplar algún día. Yo ya lo estaba observando y ya no podría jamás volver a un escenario al que le faltase el más mínimo elemento que tenía el que bailaba delante de mis ojos.

Me alejé un paso y seguía diferenciando totalmente el paisaje; otro paso atrás, y otro, y otro... Hasta que conseguí sentarme donde inicialmente y, ¿cuál fue mi sorpresa? Veía el paisaje con igual nitidez como cuando estaba a un palmo. Nada me podría llevar de vuelta a aquel primer lienzo blanco.

Cuando llegas a ver algo así, algo que consigue excitar tus emociones, por mucho que te alejes, siempre conseguirás verlo y distinguirlo entre un millón de elementos.